

29ª semana del tiempo ordinario. Jueves: Lc 12, 49-53

Jesús estaba hablando con sus discípulos. Cuando les hablaba a ellos solos solía profundizar más en sus mensajes. A veces era explicándoles algunas parábolas y a veces, como ahora, hablándoles con palabras que parecen desconcertantes y que ellos seguro que no entendieron del todo hasta que el Espíritu Santo les iluminó plenamente.

Les propone tres ideas, que se complementan entre ellas, para expresar su ministerio de entrega del amor de Dios y nuestra correspondencia a ese amor. La primera habla de **fuego**. Quiere que el mundo arda. Claro que no se trata del fuego que arrase los bosques, ni siquiera del fuego castigador de Dios, como el que querían algunos discípulos para los samaritanos que no les habían acogido. Se trata de un deseo ardiente de llevar a cabo su misión de comunicar a toda la humanidad el amor de Dios y la alegría de vivir con El. Es ese ardor que han sentido los santos cuando se comunican amorosamente con Dios, nuestro Padre. Es el ardor que sentían los dos discípulos de Emaús cuando Jesús les explicaba las escrituras. Muchos comentaristas han visto aquí el fuego del Espíritu Santo, que se hizo palpable el día de Pentecostés y se reaviva en todo el que se entrega al amor de Dios. Este fuego tiene diversos grados de calor según sea el grado en que el alma deja llevarse por Dios, como nos dicen los maestros del espíritu. En realidad sólo lo entienden del todo los que se dejan quemar por tal fuego, y por lo tanto es incomprensible para tantos que sólo se dejan llevar por el egoísmo. Hay que comenzar con el fuego purificador que abraza todos los pecados.

Luego Jesús continúa diciendo que debe recibir un **bautismo**. La palabra bautismo significa siempre “sumersión”. Aquí se trata de sumergirse en los sufrimientos de su Pasión. Está íntimamente relacionado con el deseo de extender el conocimiento del amor de Dios. Quien está lleno del amor de Dios, es natural que quiera que los demás lleguen también a ese conocimiento y a ese amor. Pero en esta vida envuelta en pecados nada bueno puede hacerse sin sacrificio. Jesús, que quiere redimirnos de todos los pecados, ve que tiene que sumergirse en los dolores de su Pasión.

Algo más difícil es entender la frase desconcertante sobre la **paz**. En la Escritura ya se hablaba del Mesías como el príncipe de la paz. En el evangelio siempre aparece la paz como un distintivo de la presencia de Jesús, desde su nacimiento, cuando los ángeles la proclamaron a los pastores, pasando por los saludos propios y que también enseña a los apóstoles para la misión, hasta el deseo de paz y el “no teman” en todas sus apariciones de resucitado. Ahora nos desconcierta diciendo que no ha venido a traer la paz. Está hablando de sufrimiento y de redención y ve que unos le recibirán, pero muchos le rechazarán. O como decía el anciano Simeón, iba a ser causa de contradicción. La paz del alma, la paz interior, no coincide muchas veces con la paz exterior, que es tranquilidad por el consenso y la unidad. Esta paz puede darse por el miedo y otras circunstancias. Pero la paz del espíritu, que suele ser causa muchas veces de la paz exterior, no se consigue sin amar y sin ceder muchos derechos. Esta paz, cuando es un don del Espíritu Santo, es la consecuencia de una entrega amorosa a Dios. Ello comienza con una conversión. Hoy nosotros, cuando vivimos entre familias cristianas, no nos damos cuenta de las dificultades que tenían algunos paganos para hacerse cristianos. Estas dificultades siguen hoy en algunas regiones. Entre esas dificultades está la misma familia. El ejemplo que pone Jesús de una familia dividida ya lo había puesto el profeta Miqueas. El mundo rechaza el amor de Dios; pero por eso no se le puede dejar en esa paz falsa, que es la del conformismo o el cansancio.

No es que Jesús busque la división, sino que nos dice que su seguimiento debe ser tan lleno de vitalidad que originará tensiones y muchas veces rupturas familiares o de amigos. El cristiano busca la paz y la alegría; pero eso no quiere decir que haya que transigir en la verdad, sino tratar de que el Reino de Dios esté más cerca de nosotros.